

La Flora Mágica

Antaño existía un lugar cuyo nombre hace tiempo que fue olvidado. Sobre aquellas tierras vírgenes, donde la naturaleza relucía en su máximo esplendor, se hallaba un ser oscuro que imponía su voluntad sobre toda criatura, llegando incluso a esclavizarla. No tardaron sus obras en marchitar las flores y oscurecer las aguas con su insidiosa ponzoña, trayendo así la pobreza y la enfermedad a las puertas de los humildes habitantes del lugar, quienes preocupados por el devenir de su hogar y por el suyo mismo convocaron una reunión para hallar una solución. Se acordó allí que actuar contra el Oscuro sería inútil, pues su poder era demasiado grande, así que se pactó que un pequeño grupo de valerosos voluntarios partiese en busca de una solución.

Una leyenda local decía que en las profundidades de un bosque cercano habitaba un ser de gran sabiduría. Así pues, la partida de voluntarios comenzó la búsqueda de este sabio. Atravesaron ríos de profundidades abismales, valles en cuyo horizonte no se vislumbraba civilización alguna, y montañas colosales cargadas de una niebla tan espesa como la mantequilla. Durante el tercer día de viaje, mientras trataban de salvar un precipicio, las rocas bajo sus pies se movieron despeñando a toda la compañía, aunque la fortuna estuvo de su lado, y consiguieron evitar un mal mayor al caer en las aguas del río, el cual nutría las raíces del bosque al que se dirigían. Salieron del agua y montaron campamento en un pequeño claro entre los árboles.

Durante la cena, entre risas y bajo la luz de la hoguera, una silueta salió de entre las sombras y se acercó a ellos. Los aventureros se asustaron, pero pronto vieron que se trataba del sabio que tanto esfuerzo les había costado encontrar. Le sirvieron un plato caliente y él les recompensó contándoles una historia que pudo saciar la sed del conocimiento que tanto ansiaban. El Sabio y el Oscuro eran viejos conocidos, incluso en cierto momento fueron amigos, hasta que el último cambió de forma radical su forma de ser debido a la desaparición de las tres plantas mágicas que llenaban de felicidad, color y riqueza las tierras. La partida de búsqueda quiso saber dónde encontrar las plantas, pues planearon con presteza llevarlas de vuelta a su hogar, así que el Sabio les habló de un idílico lugar donde encontrarlas, un lugar tan precioso como poco conocido ya que, debido a la erosión y contaminación nacidas de los actos oscuros cometidos, los caminos que daban acceso al sitio se habían perdido.

Después de la cena, el Sabio tras agradecer la cálida hospitalidad, su figura se difuminó entre la niebla del bosque. Los aventureros se encontraban alicaídos, pues la noticia de lo que costaría llegar hasta aquel oasis les había afectado. De todos modos, poco tardaron en tomar conciencia de la importancia de su empresa, y se decidieron a intentarlo igualmente. Se fueron a dormir pronto, pues pensaban madrugar para partir al Oasis, y así lo hicieron. Levantaron campamento al alba tras un desayuno ligero y partieron con el rumbo señalado por el Sabio.

Conforme iban sumando pasos a la travesía iban dejando el bosque atrás y se adentraban en el yermo paraje que se extendía ante ellos y que les separaba de su objetivo. Anduvieron durante dos duros días que culminaron en una severa deshidratación que llevó a la tumba a dos de los miembros de la compañía. Afligidos, los demás improvisaron una fugaz ceremonia funeraria y prosiguieron el camino.

Poco a poco, a cada paso marcado en el polvo del camino, notaban como la naturaleza iba ganando terreno. Tras la última colina que subieron y pintando el paisaje de un precioso tono verde se hallaba la tierra que anhelaban encontrar, rica en arbusto y árboles y desde donde llegaba el dulce sonido de agua corriente y aves de diversos tipos. Los aventureros, sedientos, se lanzaron colina abajo y se adentraron en el bosque hasta alcanzar el curso de un río de aguas tan cristalinas como no habían visto en mucho tiempo. Bebieron y llenaron las cantimploras en la orilla, y al levantar uno de ellos la vista vio al otro lado del agua las plantas que buscaban. Abrieron las bolsas que llevaban, cruzaron el agua a nado y las cargaron hasta casi no poder cerrarlas. En cuanto hubieron descansado y retomado fuerzas partieron rumbo de vuelta a su hogar.

El viaje de vuelta se hizo más ameno pues, con las plantas cargadas a la espalda, el grupo se encontraba más animado y esperanzado. Casi parecía que el trayecto era más corto entonces que al comenzar. Por el camino de vuelta no pasaron por el bosque del sabio, puesto que siguieron otro camino más directo, ya que era imposible salvar aquel precipicio por el que cayeron. En pocos días habían vuelto a casa.

Comenzaron a plantar la flora que había costado la vida de dos compañeros conseguir. Se decidieron a colocarlas tal como las encontraron, en cursos de agua. No tenían muchas plantas, pero sí bastantes para la mitad de los ríos, charcas y lagos. A los pocos meses de esto la gente empezó a ver las plantas incluso donde no habían sido replantadas. Estaban ganando terreno.

Con el tiempo, las aguas se aclararon y en ellas volvieron a aparecer los peces y ranas tan típicos antaño. Los animales, hace no tanto de apariencia cadavérica o, cadáveres en toda regla, volvieron a poder beber aguas limpias y ahora se veían más fuertes y sanos que nunca. Las flores y los árboles volvieron a adornar las calles y campos, y a ofrecer frutos carnosos en el mercado. En definitiva, la tierra sanó.

La gente de estas tierras consiguió que las obras maliciosas del Oscuro no les afectasen, y así pudieron seguir viviendo en paz y en armonía con la naturaleza, pues la salud de unos dependía de la de la otra.